

margen N° 79 – enero 2016

El Hombre de Corrientes y Esmeralda de Raúl Scalabrini Ortiz y el espíritu de época

Por Paula Vaena

Paula Vaena. Estudiante Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Este ensayo se suscribe en la búsqueda de interpretar la obra de Raúl Scalabrini Ortiz, *El Hombre que está solo y espera*, a partir de las posiciones de Jean Paul Sartre respecto a la literatura y el compromiso. Es clave, en vistas de este objetivo, poner en diálogo el concepto de *espíritu de época* de Levin Ludwig Schücking con el contexto social, político e ideológico de la Argentina en la década de 1930.

Compromiso y literatura

Desde la noche de los tiempos, círculos de intelectuales de diversas sociedades discuten acerca de qué es el arte, qué es la literatura y qué define a ciertos objetos como artísticos. Corrientes idealistas, con intelectuales como Croce, han señalado que lo material es un hecho técnico, que cuando se materializa la obra de arte, éste se fuga. En Rusia existió una corriente denominada formalista, en un sentido peyorativo, que planteó que en el objeto sí se manifiesta el arte, que estos debían sufrir una alteración y despertar miradas para generar un extrañamiento; para estos pensadores arte es lo que nos extraña de nosotros mismos, por eso los formalistas fijan la mirada no en las ideas sino en los objetos artísticos. Sin embargo esta corriente de pensamiento e interpretación plantea que el arte nada tenía que ver con los hechos sociales y que no reviste relación con la historia porque para ellos la forma de la obra no es histórica. Mucho desarrollo existió sobre qué significa el extrañamiento en el arte, y si esto era exhaustivo para definir un objeto artístico como tal, pero esta discusión no es la que me interesa abordar.

Es la tensión entre el contexto social y político de los escritores y las obras de estos que encuentro a los formalistas en un arrinconamiento. Retomando a Jean Paul Sartre en su presentación de *Les Temps Modernes* y a Levin Schücking en *El gusto literario*, entiendo al arte como un hecho social, en relación directa con la historia, desde donde se explica a los objetos artísticos. Esto es comprendido de mejor forma entendido que estos intelectuales reconocen al terreno artístico como un campo de disputas y consensos. El valor del arte es un proceso social y es por ello que lo que se considera o no arte parte de consensos; por esto el arte involucra a la política y a las distintas fuerzas en conflicto en la sociedad.

Schücking plantea la relación entre el “espíritu” de la época y el arte porque concibe a éste último como una expresión de los sentimientos de un período, “*la relación del hombre con las cosas, sus valoraciones éticas y sus preferencias sentimentales se transmiten a esa expresión inmediata de lo sentido que es el arte*” (Schücking, 1950: 15). El arte corresponde a ciertas

concepciones del mundo, ciertas formas de entender y explicar los procesos político-sociales y esto es lo que suele llamarse espíritu de época, tal como señala el autor. Sin embargo, sabemos que en una misma sociedad hay muchas diferencias en cuanto a la valoración y la imagen que se tiene del mundo, generalmente concepciones separadas según grupos como pueden establecerse a partir de la religión u otra diferencia social. Es por esto que Schücking plantea que existen múltiples espíritus de época, antagónicos, o que por lo menos están en conflicto, en palabras del autor:

“Siempre podrán distinguirse grupos totalmente diferentes con distintos ideales vitales y sociales. Con cuál de estos grupos se relacione más estrechamente el arte predominante dependerá de multitud de circunstancias, y hace falta vivir en las nubes para atribuirlo a factores ideales.” (Schücking, 1950: 20)

Esta idea de espíritu de época es pertinente para leer El Hombre que está solo y espera en clave no sólo histórica, sino también para entender los sentidos y las representaciones que había en los años 30 acerca de pueblo, del movimiento obrero y de los sectores subalternos del país. De esta manera veremos que Scalabrini Ortiz presenta una imagen del argentino en sintonía con una simbología representada en las letras de los tangos de aquel tiempo, pero también rupturista en otros modos profesando un futuro esperanzador para los sectores populares.

Jean Paul Sartre, en su presentación a *Les Temps Modernes*, critica fervientemente la posición de ciertos escritores en relación a su aislamiento del mundo. Lo que señala el autor es que algunos autores se plantean fuera de la sociedad a la cual pertenecen, negando su posición social y sus intereses de clase. El escritor, produce e interpela en esa producción, porque todo escrito posee un sentido más allá del que le haya querido imprimir el autor. Los libros están marcados por una época, porque sus autores están interpelados por su situación política y por su visión política de ésta, así como también por el proyecto artístico que hay detrás de aquella obra. Esto tendrá suma relevancia para interpretar a Scalabrini Ortiz, porque se circunscribe, a mi entender, entre lo que Sartre llama autores comprometidos.

Esto merece ser considerado dialécticamente; es decir, no sólo los autores están interpelados por la coyuntura (la cual se traduce con su apreciación de ésta implícita o explícitamente en sus obras), sino que también los escritores tienen una situación en su época, porque con sus palabras repercuten en ella.

Sartre se planta y encuadra a la literatura como función social, y en ese sentido se diferencia de los escritores que criticó:

“Se han dejado robar sus vidas por la inmortalidad. Nosotros escribimos para nuestros contemporáneos y no queremos ver nuestro mundo con ojos futuros -sería el modo más seguro de matarlo-, sino con nuestros ojos reales, con nuestros verdaderos ojos perecederos. No queremos ganar nuestro proceso en la apelación y no sabemos qué hacer con una rehabilitación póstuma; es aquí mismo, mientras vivimos, donde los pleitos se ganan o pierden”. (Sartre, 1967: 11)

El autor sostiene que la literatura puede tener un rol significativo en la transformación de las condiciones sociales de los hombres y en cómo el hombre se entiende a sí mismo. Esto, en El Hombre que está solo y espera, se ve no sólo en cómo Scalabrini Ortiz plasma el arquetipo del porteño con las características que le asigna, que son las que le acuñan la mayoría de los escritores de dicha época, sino también en el proyecto político de país que está en disputa en la Argentina y la

postura que el autor toma al respecto en las páginas de su obra. Por ende, siguiendo lo planteado por Sartre, entendemos que los escritores están situados y se manifiestan según esta situación.

Contextualizando al autor

Raúl Scalabrini Ortiz nace en 1898 en Corrientes, y llega a Buenos Aires en 1902. Su formación está signada por su vocación literaria, dentro de corrientes conservadoras. Al regreso de un viaje a Europa, Scalabrini Ortiz define su proyecto literario que se ve plasmado en las páginas de *El Hombre que está solo y espera*, de 1931. En esta obra él busca al hombre argentino y plasma su preocupación luego de ver en el viejo continente el desdén a los latinoamericanos, busca desmitificar la imagen de Europa como continente a copiar.

Lejos de hacer una biografía del autor, podríamos decir que esta obra es una transición entre el Scalabrini Ortiz que investigaba los problemas literarios y el Scalabrini Ortiz que estudia los problemas profundos del país. Formado en el campo de la agronomía, el autor a partir de la crisis del 30, se lanza a investigar por qué había hambre en Argentina a pesar de ser un país con tanta riqueza. En *El Hombre que está solo y espera* vemos esa puja, ese encuentro del autor con los dramas que aquejan al país y vislumbramos qué posición toma frente a estos.

Raúl Scalabrini Ortiz se propone hallar el espíritu de la tierra, entendiéndolo como *“un arquetipo enorme que se nutrió y creció con el aporte inmigratorio, devorando y asimilando millones de españoles, de italianos, de ingleses, de franceses, sin dejar de ser nunca idéntico a sí mismo (...)”* (Scalabrini Ortiz, 1991: 19). Para descubrirlo, el autor utiliza un instrumento: el Hombre de Corrientes y Esmeralda, un hombre arquetipo de Buenos Aires. Éste representa a un colectivo social heterogéneo, resultado de mestizaje de criollos, gauchos, inmigrantes de distintos países, *“el porteño es una combinación química de las razas que alimentan su nacimiento”* (1991: 22). Este Hombre será la guía para descubrir los hechos actuales, porque, señala el autor, lo más grande debe ser inferido de la observación de lo más pequeño: en el Hombre de Corrientes y Esmeralda se imprime el espíritu de la tierra.

Todo lo porteño se imana en el Hombre, tiene algo de todos los hombres:

“(...) es el vértice en que el torbellino de la argentinidad se precipita en su más sojuzgador frenesí espiritual. Lo que se distancia de él, puede tener más inconfundible sabor externo, peculiaridades más extravagantes, ser más suntuoso en su costumbrismo, pero tiene menos espíritu de la tierra.” (1991: 34)

El hombre porteño aparece como un hombre automatizado, perdido en la búsqueda del sentido de su vida; es un presente fortuito e involuntario para él, un estado transitorio pero duradero. Buenos Aires es una ciudad sin amor, donde las mujeres y los hombres están alejados unos de otros; los hombres quedaron desamparados de distracciones y recreos: no había expresiones de felicidad. Sin embargo, no existía queja alguna de esta situación, se aceptaba en ese estado pasivo de inconformidad en estado latente, *“nadie pensaba en la felicidad individual; los habitantes se disgregaban en la preocupación colectiva”* (1991: 48).

Este estado de quietud en el que aparece inmerso el Hombre de Corrientes y Esmeralda, se refleja en su percepción de tiempo, *“tiene un futuro en el destino de su tierra, un pasado que se renueva en él, pero nunca ha tenido presente”* (1991: 50). La vida de este Hombre se le escurre entre los años, pasa, le sucede; el Hombre no tiene control alguno sobre su existencia, no es él

quien toma decisiones, por esto el tiempo es angustia. Y no sólo por su inercia es que se le resbalan los años, sino por su aislamiento.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un misántropo que odia la soledad personal, por ello se amiga con la ciudad, con el deporte. Es pasional este Hombre, pero en una ciudad sin amor necesita otras válvulas de escape, por eso necesita ídolos:

“Al Hombre de Corrientes y Esmeralda no le interesan las personas que cumplen los hechos, sino en el momento en que esas personas son imanes de emociones porteñas.” (1991: 61)

Por esto Scalabrini Ortiz entiende las características que tiene el caudillismo en la política argentina, es un símbolo de la misma pasión. Los hombres porteños son hombres apasionados sin pasiones, están huérfanos de ellas, en este punto se resignifica el título de esta obra, hombres que están solos y esperan ¿Qué esperan?

Espíritu de la época

El espíritu de la época planteado por Schücking que aparece en esta obra de Scalabrini Ortiz es aquella que se manifiesta en los tangos de aquellos tiempos. Es una música lastimada, que *“dice las amarguras de todos los porteños; la letra, la de unos pocos en que los demás se justifican (...), las letras de tango marcan de más en más la trascendencia de una pequeña metafísica empírica del espíritu porteño”* (1991: 27).

Esta música revela el estado de ánimo de una época, que se refugia en las características que tiene el Hombre de Corrientes y Esmeralda, y que vemos en los tangos de Enrique Santos Discépolo con expresiones como *‘todo es igual, nada es mejor’* en Cambalache, o el popular Yirayira. El tango expresa una amarga sensación de derrota que refiere a las injusticias sociales que aquejan a las mayorías, donde el futuro apenas aparece mencionado; esto mismo hallamos en El Hombre que está solo y espera. Esta sensación de derrota, al ponerla en diálogo con el contexto político, lo podemos relacionar con el golpe de Estado de Uriburu de 1930, que derrocó al gobierno constitucional de Hipólito Yrigoyen, siendo el primer golpe militar de la historia de la Argentina moderna.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda se reconoce en las letras de tango porque hablan de él, a diferencia de los poemas y las novelas de ciertos intelectuales de esa época. En este punto aparece la crítica de Scalabrini Ortiz a aquellos intelectuales que están de espaldas a lo nacional, que *“no escoltan el espíritu de su tierra, no lo ayuda a fijar su propia visión del mundo (...)”* (1991: 82). Por ello el hombre no se reconoce en esas novelas o ensayos, en los que intercalan las novedades francesas, inglesas o rusas. El autor reconoce aquí lo antinacional en la literatura y en el arte, se podría decir; y lo antinacional es lo antipopular.

Aparece lo nacional en contraposición a lo foráneo; nuevamente reforzando el espíritu de una época en la cual existía una puja y una disputa entre un proyecto de país dependiente y uno soberano política y económicamente. Scalabrini Ortiz refiere a estos intelectuales como infieles a sí mismos, que no pueden comprender aquello que respiran las clases populares, que no entienden a las muchedumbres, son intelectuales colonizados (en mi opinión, contrapuestos a los intelectuales comprometidos del cual habla Jean Paul Sartre):

“Es que en la conciencia del intelectual argentino hay una incriminación que le desasosiega. Son hombres inseguros de sí, porque han extirpado todos los sentimientos que en ellos podían alimentar una creencia. Han sido infieles a los miramientos y emociones nucleares de su infancia, de su adolescencia y de su juventud y quieren sentirse a sí mismos, constantemente, paladear en todo momento el premio de su apostasía.” (Scalabrini Ortiz, 1991: 83)

Esta contraposición entre lo local y lo europeo se refleja también en lo que refiere a la amistad. Lo porteño se mueve en una sistematización formalmente europea, “el que mire fisonomías o hábitos creerá estar en Europa, no el que observe pulsos o inspiraciones” (1991: 29). En esta tensión, Raúl Scalabrini Ortiz mira al centro de la ciudad proponiendo una interpretación de la realidad nacional desde la mirada argentina, observa los lazos que unen a los Hombres porteños y afirma que son amistades basadas en simpatías y sentimientos comunes. Lo plasma en contraste a la amistad europea, de tinte racional instrumental, donde se pacta tácitamente, se busca una colaboración y un intercambio de favores sin empalmes sentimentales.

El golpe de Estado y la crisis del capitalismo global de 1930 traen distintas consecuencias a nuestro país. En Argentina, los años 30 son conocidos por la Década Infame, época en la que se sucedían gobiernos conservadores fraudulentos que permitieron, en términos de Norberto Galasso (2010) un reajuste de la dependencia. La crisis económica condujo a que se desajuste la economía argentina que venía siendo complementaria de la del Imperio Británico, dado que Gran Bretaña ya no importaba la misma cantidad de carne y en este sentido prefería privilegiar sus colonias (Australia y Nueva Zelanda). Los sectores dominantes necesitan reestablecer los lazos y las relaciones entre “el taller” y “la granja”, ejemplo de ello es el tratado Roca-Runciman que implicó un control de las exportaciones de carne por parte de los frigoríficos extranjeros y garantizando acuerdo librecambistas entre nuestro país y la potencia inglesa. Este tratado es criticado por Scalabrini Ortiz en publicaciones en periódicos posteriormente a la escritura de la obra que estoy aquí analizando, sin embargo me parecía menester mencionarlo ya que también forma parte de lo que Schücking llama espíritu de la época.

Esta contextualización sirve para entender en qué coyuntura escribía el autor, entre qué tensiones; en esta obra Scalabrini Ortiz comienza a adentrarse en los problemas profundos de un país caracterizado como semicolonial. El autor dice:

“Dos fuerzas convergentes en su punto de aplicación, pero divergentes en la dirección de sus provechos, apuntalan la prosperidad de un país. Una es la tierra y lo que a ella está anexado y es su índice; otra, el capital extranjero que la subordina y explota.” (Scalabrini Ortiz, 1991: 85)

A pesar de las embestidas del capital extranjero, el espíritu de la tierra se mantuvo ileso y no torció su voluntad. Espíritu de la tierra traducible como el sentir nacional, que se hace eco de sus tragedias e injusticias populares y resiste a la sumisión de fuerzas foráneas. Esto merece ser destacado, porque más allá de que nuestro autor expone una visión en la que el Hombre parece un autómatas en un eterno presente, también plantea una mirada esperanzadora sobre el país porque el espíritu de la tierra resiste. La resistencia implica movimiento, porque aún en la agonía se puede resistir.

Scalabrini Ortiz aparece como diferente respecto a otros autores de la época porque no plantea una visión del Hombre como iluso y despojado de sabidurías, el hombre porteño tiene instinto político y es implacable para juzgar la traición política. Su resistencia implica reconocer las

traiciones, y no perdonar la traición al espíritu de la época; por ello la legitimidad de los conservadores es débil entre los hombres del pueblo. El radicalismo sin embargo, si fue valorizado en otro sentido porque *“dio al país una cohesión espiritual como jamás había tenido”* (1991: 88), el problema que plantea el autor es que eran los extranjeros quienes estaban gobernando, y esto es considerado una infidelidad.

El destino del hombre porteño está trenzado con el destino del espíritu de la tierra, están entretejidos afectiva e inmodificablemente. El hombre busca separarse de esta responsabilidad que implica consolidar ese destino, y prefiere *“ceder a la colectividad algunos de los derechos y de los deberes que se refiere”* (1991: 71). Por su individualismo nace el sentimiento colectivista, que es el Estado; es la liberación de esta muchedumbre, una construcción humana producto del pueblo solidario. El Hombre escapa a esa responsabilidad y la deposita en el Estado, por ello este toma una notable autoridad.

El Estado es creación del hombre porteño, y no una cuestión imitativa, cualquier tormento que respecte a la colectividad es librado con la idea del Estado. Así como la colectividad, la riqueza tampoco significa una ilusión sentimental para el porteño, no lo cautiva porque no quiere ser rico.

Rehumanización de la vida

Yendo contra las corrientes racionalistas que ponen el principio del cálculo sobre los demás, Raúl Scalabrini Ortiz destaca al Hombre de Corrientes y Esmeralda como el hombre del pálpito. Revaloriza el sentir y el lugar de las pasiones, el hombre porteño improvisa y no planifica, pero es un sentimental que no quiere serlo y razona su sentimiento; la inteligencia no es capaz de remediar, en cambio el pálpito es la mejor brújula. Sin embargo, el porteño, como ya mencioné, desdeña la inteligencia por la inteligencia, la soberbia y la vanidad intelectual que se nutre de libros y teorías y no de sensaciones, que niega las experiencias y lo mundano. Esto es lo que el Hombre le exige a los hombres públicos, a los políticos: que sometan sus decisiones a sus instintos, que sean hombres de pálpitos:

“Por eso [al Hombre de Corrientes y Esmeralda] tampoco le interesan los programas, las plataformas, los palabreríos de los partidos políticos. Frente a la compleja realidad argentina, los programas son imposturas en relación a los hombres y a la derecha de su conducta, a la delicadeza de su tacto, a sus verbalmente intraducibles asimilaciones y percepciones, a su “pálpito”. El “pálpito” es el único piloto fehaciente en el caos de la vida porteña y la única virtud cuya posesión premia el hombre porteño.” (Scalabrini Ortiz, 1991: 80)

Este Hombre que siente, que se mueve por el pálpito y las intuiciones, no confía en las palabras por sí mismas, como definiciones. Las palabras son cajas que encarcelan y destruyen la unidad de los sentimientos. Inmovilizan lo humano. Aparece en este sentido por parte del autor una revalorización de ciertas palabras que no están en los diccionarios, que son parte del lenguaje popular, que son lunfardos que siempre van acompañados de los sentimientos de quienes las pronuncian.

Por eso en las palabras no confía, sino en los gestos de quienes las pronuncian. El Hombre se encuentra en una vorágine, ve lo dicho y lo hecho, los compara, y se contradicen, *“todos mienten y él no sabe por qué. Él es un creyente que busca una creencia y hasta repudia su religión porque miente”* (1991: 117).

La obra de Scalabrini Ortiz configura una ventana abierta, un dejo de optimismo en el futuro de los hombres porteños. Hacia el final, el Hombre de Corrientes y Esmeralda da un giro que lleva a desconfiar y a perderse en un mundo repleto de mentiras. En lugar de ahogarse en esa soledad, hay una rehumanización de la vida entera, porque *“quiere sentir a todos los hombres, ser cada vez más grande, comprender cada vez mayor número de humanidad”* (1991: 118).

Conclusión

De la lectura de esta obra se inaugura una nueva tensión, si este texto puede calificarse como género literario o como ensayo. Si entendemos que el ensayo tiene libertad formal y a su vez tiene desarrollo conceptual, entonces podríamos decir que es un texto que juega con una ambigüedad genérica: es un híbrido entre literatura y ensayo. Esto podríamos afirmarlo ya que termina siendo una estrategia textual de intervención pública, en la que el autor busca transmitir su concepción personal y subjetiva sobre la realidad, a través de conceptos que se enmarcan en una discusión en el plano político-ideológico. Retomando lo planteado por Sartre, entiendo que esta obra termina siendo un arma para intervenir en el debate de ideas en Argentina en la década del 30, en el marco del proyecto estético y político que reproduce Scalabrini Ortiz. Este proyecto se sintetiza en unas palabras que escribe el autor en El Hombre que está solo y espera: *“Estas no son horas de perfeccionar cosmogonías ajenas, sino de crear las propias”* (1991: 81).

Raúl Scalabrini Ortiz, inmerso en un espíritu de época que ve que las vidas se escurren, donde los sectores populares se hallan desesperanzados e impasible ante un presente continuo que nada tiene para ofrecer a los hombres. El Hombre de Corrientes y Esmeralda, esquina que simboliza el corazón de la ciudad de Buenos Aires, está desnudo, y solo entre millones de hombres y mujeres que están solos.

Estos hombres, que están solos, están en la búsqueda de un ídolo, de algo que cohesione espiritualmente a todos aquellos hombres. El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un arquetipo, un modelo de hombre porteño y argentino; el arquetipo para nuestro autor es quien encarna el espíritu de la tierra, que utiliza para configurar el empoderamiento de esa conciencia. El Hombre estaba en estado de latencia, adormecido; en el rastreo de aquello que exprese la colectividad. Esta es la fe porteña, y eso es lo que espera.

Un ejemplo de arquetipo, de ser que encarna el espíritu de la tierra, es José de San Martín. Scalabrini Ortiz lo define como sencillo y humilde, que nunca tuvo ambición personal en cuando todas las proezas que hizo; el espíritu de la tierra se lo exigía. Muchos otros arquetipos existieron en la historia argentina hasta 1931, y muchos otros existieron después. Esta fe en la espera de un arquetipo, de un referente que encarne este espíritu, que encarne el ser nacional que busque liberación.

Por más que excede el análisis de la obra de Scalabrini Ortiz, merece mención lo que el autor relata en referencia al 17 de octubre de 1945, más de quince años después de El Hombre que está solo y espera:

“Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la nación que asomaba, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la conmoción del terremoto (...) Éramos briznas de multitud y el alma de todos nos redimía. Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente como la brisa fresca del río. Lo que yo había soñado e intuido durante muchos años, estaba allí, presente, corpóreo, tenso, multifacetado, pero único en el espíritu conjunto. Eran los hombres que están solos y esperan que iniciaban sus tareas de

reivindicación. *El espíritu de la tierra estaba presente como nunca creí verlo*” (Scalabrini Ortiz, 1973: 55).

Bibliografía

- Galasso, Norberto. *Historia de la Argentina. Desde los pueblos originarios hasta el tiempo de los Kirchner. Tomo II* Buenos Aires, Editorial Colihue, 2010.
- Sartre, Jean-Paul *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires, Editorial Losada, 1967.
- Scalabrini Ortiz, Raúl. *El Hombre que está solo y espera*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1991.
- Scalabrini Ortiz, Raúl. *Tierra sin nada, tierra de profetas*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1973.
- Schücking, Levin Ludwig. *El gusto literario*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1950.